

La vigencia de la obra de Chesterton

Por Miguel Ángel Romero Ramírez

DOCTOR EN FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA Y ESTUDIOS
CLÁSICOS POR LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

G. K. Chesterton
© David Pintor



Si bien conviene celebrar la gran cantidad actual de reediciones de los escritos de G. K. Chesterton, resulta más urgente una dilucidación: la idea de fondo de su obra. Es evidente que los lectores se han puesto de acuerdo sobre la fama de Chesterton, pero siempre hace falta una explicación particular de la estimación de sus textos. De hecho, existe un cierto tipo de lector, perteneciente no a un pequeño núcleo, que además de recalcar

*El humor y la
paradoja envuelven
un pensamiento
de fascinante
complejidad*

las virtudes más comunes de la escritura chestertoniana (digamos, el buen humor, la paradoja sofisticada y el brillo de su estilo), encuentra en ella una especie de complejidad que la califican como característica y fascinante. La verdad es esa:

Chesterton es un escritor peculiar. ¿Qué es lo que lo define como tal?

Aunque él mismo se definiera como un feliz periodista, tal calificativo podría confundir el aserto y dar cuenta equívoca de su obra. Por un lado, no hay duda: tal aseveración responde a una circunstancia fáctica, según la cual gran parte de sus escritos se publicó en los más famosos periódicos londinenses. Pero, por otro lado, nos cuestionamos: ¿la órbita sobre la que giraban los textos chestertonianos es la propia del trabajo periodístico?; ¿o hay un tono y una intención más prístina que definan su obra y respondan a su propia categoría e índole?

En este orden de ideas, preguntémosnos: ¿quién fue Chesterton? Nacido en 1874, en Londres, vive de lleno el llamado *fin de siècle*. De su *Autobiografía* (1936) y de *Ortodoxia* (1908), tenemos noticia de su experiencia íntima y difícil de este fin de época: nihilista, cansino y con sabor de herejía contra la vida. En efecto, Chesterton fue educado en los tiempos más helados de la sensibilidad británica, que apenas conseguía templarse por algunas figuras del esteticismo. En carne propia sufrió tal intemperie de su tiempo. Hasta

que por fin tocó fondo. Y, entonces, decidió hacer una lírica nueva a partir de un pensamiento propio. Aburrido estaba del orgullo del siglo XIX como de su desolada conclusión. De tanto materialismo y de espiritismo, pidió la palpable y trascendente realidad. No solicitó un arte inédito como ansiaba Wilde, sino que rogó por renovar su nacimiento. No pidió avanzar en los siglos y ver un futuro, sino que reivindicó los ojos de niño. No pidió más, sino menos.

El tema que se le dio en esencia fue el *asombro agradecido*: un sentir, primero, profundo de la contingencia de la vida, saberse abierto y finito, herido; segundo, un sentir de maravillas y de solidez de mundo; y, a la sazón, un sentir de acción de gracias. En la confirmación de su tema encontraba camaradería en Dickens, Browning, Chaucer, Stevenson; objetaba a Tolstoi, Kipling, Wells y Shaw (de ellos no denigró sus personas —amigos de todos lo fue, especialmente íntimo del último—, ni la hermosura de su escritura, sino que enjuiciaba su doctrina y reprochaba su presunción). Amaba a san Francisco de Asís y a santo Tomás de Aquino. Como se puede apreciar, su tema no era de innovaciones, sino que resonaban en él las voces

y las vivencias profundas de la *humanitas perennis*.

Esto está reflejado en todas sus obras. Su primera publicación corresponde a un conjunto de poemas jocosos ilustrados por él mismo, *Barbagris en escena* (1900), en los que su vigoroso humor y asombro ante la vida ya resultan palpables. Así también, en sus obras poéticas como *La Balada del caballo blanco* (1911) —tan alabada por Borges y analizada por Tolkien— y *La Reina de siete espadas* (1926) se encuentra su visión de occidente y, especialmente, del espíritu del cristianismo. Asimismo, en su faceta como novelista se puede captar su base fundamental y su misión. En su primera novela, *Basil Howe* (1894), como también en *El Napoleón de Notting Hill* (1904), encontramos una apuesta por lo pequeño y una crítica a las tesis esteticistas e imperialistas de su tiempo (no en vano Chesterton se

*Palpó de joven
la intemperie
metafísica y halló
consuelo en la
invención de la idea*

vuelve famoso en el ámbito periodístico por ser pro-bóer). Sus novelas *El hombre que fue jueves* (1908), *La esfera y la cruz* (1909) y *El hombre vivo* (1912) resultan paradigmáticas para comprender el asombro y el agradecimiento frente a la terrible aventura de este peregrinaje que se llama “vida”, y a la continua “persecución” de Dios. Esto también lo refleja su maestría policiaca contenida no solo en su querido y rechoncho detective, el padre Brown, en *Los relatos del padre Brown* (1911-1935), sino también en otros detectives buscadores de la verdad como Basil Grant y Gabriel Gale.

Se puede decir que el Chesterton más explícito lo encontramos en su faceta de ensayista. Su trilogía redonda, *Herejes* (1905), *Ortodoxia* (1908) y *Lo que está mal en el mundo* (1910), da cuenta precisa de su pensar. En el primer libro, ataca a todos los autores con quienes no está de acuerdo; en el segundo, sostiene su propia

Seis obras para conocer mejor su pensamiento

Manalive (El hombre vivo, 1912). Novela de iniciación a Chesterton y a su planteamiento vital. De alivio creciente ante la dificultad inicial de las actitudes estrambóticas y paradójicas de uno de sus personajes más variopintos: Inocencio Smith. En este libro se contienen las certezas chestertonianas más paradigmáticas de su obra que sintetizarán la filosofía del asombro agradecido.

Orthodoxy (Ortodoxia, 1908). Ensayo de autobiografía espiritual. De influjo visible en sus lectores, el cual, sin ser apologética a propósito, convierte a más de uno al cristianismo. Puede bien llamarse clásico este texto como la aclamada traducción castellana de Alfonso Reyes. Obra redactada con serenidad y sinceridad, en la que Chesterton descubre el cristianismo por una vía personal y original.

Heretics (Herejes, 1905). A falta de autores contemporáneos que lo convencen, en esta obra decide Chesterton ser puramente crítico y resistente. Prescinde de apoyos para su filosofía, y lo que se propone es atacar las propuestas de quienes no está él de acuerdo: es su límite y su objetivo. El libro cierra haciendo una oda a la búsqueda sincera de la verdad.

What's wrong with the world (Lo que está mal en el mundo, 1910). Texto con un alto contenido social y que prescinde de confesiones políticas. Esta ausencia no es un defecto, sino su mayor virtud. Pues, de base, Chesterton pone el énfasis en lo fundamental del hombre y no en las infinitos vericuetos de dos “partidos” que, al decir del escritor inglés, son la misma moneda decrepita y lacra, su cara y cruz: capitalismo y comunismo.

Saint Francis of Assisi (San Francisco de Asís, 1923). Si Newman escribió una gramática del asentimiento, Chesterton con este texto esbozó una gramática del agradecimiento. La descripción de la vida y los análisis anecdóticos que realiza el escritor inglés del pequeño de Asís encantan. Y cualquier intención prosélita que se le pudiese achacar a su autor —recién converso al catolicismo— resulta innecesaria, pues tan solo sus letras descriptivas resultan ya conmovedoras.

Saint Thomas Aquinas (Santo Tomás de Aquino, 1933). Gilson, como él mismo afirmó, percibió en este ensayo sobre Tomás una lucidez tal que algo de envidia le dio. La familiaridad y la convergencia de espíritu que tiene Chesterton con el sentido común y el realismo de Tomás se hacen explícitas en este libro. El escritor inglés no tartamudea ni un momento al escribir aquí de metafísica y de antropología, antes bien, resulta efusivo y aclarador.

*Sin olvidar al padre
Brown, su Hombre
que fue
jueves y
su Napoleón
de Notting Hill*

G.K. Chesterton



cosmovisión convergente con las principales tesis del cristianismo; y en el último pone en práctica todas sus tesis teóricas anteriores, resultando un fuerte tratado de crítica social. Ahora bien, sus ensayos biográficos no se quedan atrás. Por ejemplo, sus escritos sobre *Robert Browning* (1903), *G. F. Watts* (1904), *Charles Dickens* (1906), *San Francisco de Asís* (1923), *El hombre eterno* (1925) y *Santo Tomás de Aquino* (1933) constituyen perfectas tesis doctorales en las que Chesterton con una mirada sintética impresionante logra captar el mensaje fundamental de sus biografiados.

Encima, hay que sumar los innumerables artículos periodísticos escritos en *The Daily News*, en *The Illustrated London News* y en el *GK's Weekly*. Todos sus artículos se pueden encontrar en sus obras completas editados por la *Ignatius Press*. Varios artículos fueron reunidos en libros recopilatorios como *El defensor* (1900), *Todas las cosas consideradas* (1905), *Enormes minucias* (1909), *Alarmas y digresiones* (1911), *El esbozo de la sensatez* (1927) y *El pozo y los charcos* (1935).

Así las cosas, es verdad que se puede sostener que sus escritos se caracterizan por su soltura en cualquier asunto de actualidad británica de inicios del siglo XX, una sana ligereza temática y apretadas correlaciones de argumentos críticos unidos con espíritu de finura pascaliana, pero, ya lo decíamos, no se puede afirmar sin previa duda que su escritura y sus temas sean tan solo periodísticos. Por tanto, hay, en esencia, una clara perspectiva filosófica y teológica. Se puede afirmar prontamente que Chesterton palpó en su juventud la intemperie metafísica y sintió entonces, como genuino pensador, la invención de la idea, esto es, la potencia de la imaginación como compañera de camino y consuelo del peregrino. Y esta experiencia drenó en él en forma de literatura, teología y filosofía. Pero tal idea creadora y consoladora como la imaginación de sus posibilidades, no era invención pura ni casual, sino —creemos que esto es decisivo para entender la totalidad de su obra— fue el resultado de la apropiación y el drenaje natural del cristianismo en su propio pensamiento, comprendiéndolo a su manera y a su estilo. No formó un sistema, pero sí pensó y descubrió la magia del mundo, la cual convergía con el mensaje de Cristo. Por eso, sus imágenes, en contra de la abstracción oriental y del

solipsismo moderno, estaban llenas de una lírica trascendente y personal.

Por último, hay que apuntar que la total franqueza de su obra y de su pensamiento lo libran de cualquier repetición y acartonamiento. Por ese motivo, Chesterton no fue un nostálgico trasnochado. Es gustador, eso sí, de las posibilidades truncadas de antaño, pero también de la transmisión del fuego vivo a sus contem-

poráneos. Porque, por más que estuviese entroncado en la tradición cristiana, su voz no era ajena ni tampoco era retrógrada, sino que constituía, más bien, una suerte de cristalización y decantación de toda una corriente universal particularizada en un hombre, en un escritor: su apropiación personal del cristianismo. Por eso, Chesterton es leído, se le edita continuamente y se lee con tanto cariño: por ser el escritor que es. •

Universo Chesterton en más de 40 países

Sílvia Coll-Vinent

PROFESORA DE LITERATURA EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA-LA SALLE (URL) Y DEL ATENEU UNIVERSITARI SANT PACIÀ (AUSP)

Los institutos, sociedades, centros, archivos, colecciones y publicaciones del universo Chesterton se hallan distribuidos por todo el mundo. Un censo de estudiosos de la obra del autor inglés contaría con unos 300 especialistas repartidos en más de 40 países. Todos ellos pretenden divulgar el pensamiento y la obra de Chesterton en sus diferentes facetas.

La colección de documentos y escritos originales del polígrafo inglés se puede consultar en la British Library de Londres (G. K. Chesterton Papers). También en Londres se ubica, en la Universidad de Notre Dame-London Global Gateway, una biblioteca que contiene el legado de Aidan Mackey de libros y *memorabilia*. Cabe destacar también la biblioteca especializada del noruego Geir Hasnes y la G. K. Chesterton Collection de la Kelly Library, en St Michael's College (Universidad de Toronto).

Desde el G. K. Chesterton Institute for Faith and Culture, ubicado en la universidad católica de Seton Hall, se publica *The Chesterton Review*, la revista chestertoniana por excelencia.

La mayor irradiación, casi evangelizadora, del pensamiento del autor se encuentra en Estados Unidos, donde están registradas un total 86 sociedades locales por todo el territorio norteamericano. Dicha Asociación publica la revista *Gilbert Magazine* y organiza encuentros anuales. También existen sociedades en Canadá, Australia, China y Rusia. En Latinoamérica destacan por su actividad la de Argentina y la de Brasil, y en Europa, la Società Chestertoniana Italiana y Les Amis de Chesterton. La G. K. Chesterton Society of Ireland y la Catholic G. K. Chesterton Society de Gran Bretaña mantienen una diversidad de blogs personales. En España la afición chestertoniana se canaliza a través del Club Chesterton CEU San Pablo de Madrid, el Club Chesterton Granada y el Club Chesterton de Murcia.

El Centre d'Estudis i Documentació G. K. Chesterton de Barcelona (ubicado en el convento de los Capuchinos de Pompeia, Av. Diagonal 450), además de promover la divulgación y la investigación, custodia un archivo especializado sobre el autor y su tiempo, que contiene copia de unos 30.000 documentos. Gestiona asimismo una biblioteca y un archivo de contexto que presta especial atención a la recepción catalana, hispánica y europea del autor, cuya proyección en nuestras latitudes no puede entenderse sin la influencia del *Renouveau catholique* de matriz francesa. Dicho centro se vincula con el Fondo G. K. Chesterton de la Biblioteca Pública Episcopal de Barcelona, una colección bibliográfica que alberga más de 400 volúmenes y adquiere novedades de modo constante. •